

El sapo junto al río

—¿Qué me habrá visto este tipejo para besuquearme así? —se pregunta el sapo junto al río Segura, intentando zafarse de las zarpas humanas.

Manuel deja que escape el batracio y se zambulla en sus aguas familiares. Unas aguas calmadas que reflejan la luna llena y permiten vislumbrar el bosque. Un bosque del que emergen sombras espigadas que gimen y se retuercen buscando estrellas.

—¡Fantasmas! — Le hacen chiribitas los ojos al besucón.

Los fantasmas arrojan hojas sobre el rostro de Manuel.

—No son más que árboles. —Se desencanta.

Los fantasmas son árboles, el sapo del Pontón Alto no se ha transformado en príncipe o princesa, la bruja de los Andes era una embaucadora, el ritual de la fecundidad hindú daba mucha risa pero seguías estéril, la manzana de la suerte no le impidió caer en un pozo (por cierto, lleno de monedas, era un pozo de los deseos; Manuel deseó que le sacaran inmediatamente, pero tardaron dos días en hallarle), las pirámides no estaban hechas por extraterrestres, sino por esclavos que se dejaron su piel terrícola en la construcción (por cierto, los faraones siguen bien muertos, pese a que la pirámide proporciona longevidad, pero sólo a las cuchillas de afeitar.) Y en Lourdes los paráliticos continúan arrastrando sus extremidades al abandonar la Iglesia; y en el templo del Dalai Lama los dolores cervicales del estrés ejecutivo perduran después que el doctor filósofo de turno celebre el ritual *ahuyentamales*.

—Fantasma. Mi buen Hortensio, tú eres un fantasma vagando entre mundos y yo no puedo hacer nada por remediarlo.

Manuel aprieta los dientes, con el alma partida. Al observar las circunstancias de la muerte de su amigo, conjeturó de inmediato las causas de su infarto y lanzó una imprecación: “Te lo tienes merecido, por incrédulo.” Se arrepintió al instante: “Perdona, Hortensio, qué digo. Eras una buena persona, un buen padre, un marido intachable. Qué Dios te tenga en su gloria”. ¿En qué gloria? Pero si él, Manuel, era agnóstico... a medias: Sus muchos años de periodista científico, rebuscando entre monumentos milenarios, santuarios remotos y milagros amañados la noticia del mes, le habían proporcionado un barniz cínico, pero no habían socavado los cimientos de una religiosidad extraña. “Existe una fuerza, Algo por encima de nosotros.” Ese Algo le recomendaba cautela. Ese Algo había cobrado vigor a consecuencia de Hortensio. Por una fracción precaria de tiempo, se había congratulado de su muerte. Se postró ante el

cuerpo deslavazado del amigo, se golpeó su pecho latiente y, arrepentido por su flaqueza y deslealtad, juró salvar su alma. “Porque en el fondo, Hortensio, tú también tenías un alma.”

Cinco años atrás Manuel dudó de que su amigo poseyera una.

—Las películas son mentira —le soltó sin venir a cuento el pretendido desalmado, en medio del paseo marítimo alicantino, con el mar de fondo. Lo soltó de modo arrogante y poseso, tomándose por el elegido para ser depositario del gran misterio cósmico. Moisés mostrando las tablas entregadas por Dios o Buda revelando las cuatro verdades a los ascetas eran monigotes a su lado—. Igual que el viaje a la luna. A ver si te crees que han llegado. Bah. Lo han rodado en un estudio.

Manuel mueve la cabeza pretendiendo borrar aquel dislate. El recuerdo es vivo, el eco de aquellas palabras aún resuena en sus oídos. Hortensio las dijo convencido. Él *sabía*; los demás, pobres diablos, iban al cine engañados. Manuel dejó de mirar las estrellas y se desentendió del croar de las ranas y de los susurros del río. Al igual que entonces quedó inmóvil. La inmovilidad pretérita se debió a la impotencia. “Es arrogante, vale; se piensa que solo él conoce que las películas son ficción, vale, tiene un pase. Es un ignorante iletrado y algo tiene que inventarse para darse humos. ¡Pero no es una pose! De verdad no cree en el poder de las películas, los libros, las leyendas, la ficción, los sueños. Se volverá loco. Todos necesitamos la ficción para soportar la insulsa realidad, todos necesitamos sueños para encontrar consuelo a nuestras calamidades y enfrentarnos al futuro, todos necesitamos creer en algo para soportar nuestra confinada existencia.” Los pensamientos circularon como un ciclón, pero no movió un músculo. El gesto altivo de Hortensio, las comisuras de su boca anguladas en acto condescendiente, sus ojillos perdonavidas disuadieron a Manuel de abordar cualquier razonamiento. “Hortensio, los aviones vuelan. Te has montado en ellos. ¿Hasta dónde llegan? Diez mil, veinte mil metros, ¿por qué no 300.000 kilómetros? ¿Dónde estableces el límite?” - “Ya sé que las películas son mentiras. Todo el mundo lo sabe (No sólo tú, pobre tonto). Vamos a ellas a reír, a sufrir, a entretenernos, a olvidarnos un par de horas de los problemas -“Los sueños nos permiten idear inventos: sin el sueño de la noche vencida no se hubiese creado la bombilla; sin el sueño del poder absoluto no se hubiesen inventado las bombas.” Le podía haber rebatido de mil modos, pero la expresión de su amigo constituía una fortaleza impenetrable. Cualquier razonamiento hubiese rebotado contra sus muros. La inmovilidad presente se debía a una intensa reflexión. Había llegado al final de un largo periplo y no sabía que más

podía intentar. Por redimir al amigo había recorrido medio mundo. Incluso había besado al sapo. Y ahora, ¿qué?

Entre ambos estados inmóviles, pasado y actual, Manuel se había obstinado en buscar la prueba irrefutable del provecho de la ficción y los sueños, de que existe un puente entre la realidad y la fantasía que engrandece a los hombres. En resumidas cuentas: había intentado demostrar de modo objetivo que lo real y lo imaginario forman parte del mismo engranaje, que uno nutre al otro, que ambos por separado son imposibles.

Imposible le pareció que Hortensio pudiese mantener su postura. Antes o después vería una película, leería una novela, se interesaría por una leyenda. Le siguió semanas, meses, años. Hortensio no pisó cine, librería ni museo. Veía el fútbol (“Eso es real; mírales cómo corren”) y las noticias (“Las fotos del Hubble son un montaje”; “lo de la Mir en una patraña de los americanos para desacreditar a los rusos”.) Manuel se rindió. Con pesar, porque su amigo Hortensio se estaba perdiendo la chispa de la vida. Con fastidio, por ser incapaz de hallar argumentos para bajarle de su pedestal. Y eso que buscó hasta la desesperación: asistió a conferencias de los lamas, a cursos de proyección astral y meditación, practicó Tai-Chi y yoga, estudió guión, cine y televisión, se enfrascó en un viaje a la Amazonia con gurús, filósofos e intelectuales y se enroló en diversas religiones. De resultas de tanta mística, la Fuerza en la que creía, el Algo superior fue creciendo en su espíritu. Hortensio, sin embargo, seguía estando por encima de “esas engañifas”, sintiéndose en un plano superior desde el que nos miraba altanero.

Hasta el día en que apareció tirado en la habitación de su hijo, el corazón inmóvil, el gesto humilde, con ojos de *semefuelavida*, por fin por debajo de los demás. Muerto. Esa misma mañana su hijo de cinco años, que nunca había oído un cuento de boca de su padre, pero que conocía al dedillo las alineaciones de todos los equipos de Primera División, había perdido su primer diente. Felisa, la mujer de Hortensio, le insistió en que aquella noche pusiese un billete debajo de su almohada. “Eso son tonterías, mujer. El Ratón Pérez es mentira. No quiero que al niño se le engañe.” Harta de la sosera de su cónyuge, cortó por lo sano. “Me importa un bledo lo que creas. Al niño le dejas esta noche un billete de 20 euros en la cama o me vas a oír cuando vuelva. No te lo pediría si pudiera hacerlo yo, pero hoy tengo guardia en el hospital.” Manuel conocía la conversación porque Hortensio, vecino suyo, le pidió que le cambiase un billete de 100 y se lo contó. Le ofreció dos de 50. “Necesito de 20”. “Pues sólo tengo

uno”. “Déjame, te lo devolveré mañana.” No tuvo oportunidad. Fue la última vez que Manuel escuchó su voz.

Un sonido de ultratumba sobrecoge a Manuel. Es un búho. La brisa fría le hace encogerse. Encogido volvió Hortensio a casa la noche de autos. Cómo olvidarlo. La postura encorvada resultaba totalmente inadecuada para un ser escogido por una deidad reveladora. Era un buen marido, no quería contrariar a su mujer; pero le debía pesar la traición a sus principios que estaba a punto de acometer. Un alarido despertó a Manuel a las tantas de la madrugada. Reconoció la voz de Felisa. En pijama, corrió a auxiliar a sus vecinos.

¡Hortensio yacía cadáver al pie de la cama de su hijo! Felisa abrazaba al niño que, sin comprender la tragedia, agitaba dos billetes y gritaba con júbilo:

—¡Mira, el ratón Pérez me ha traído 40 euros!

¿40? Hortensio le había pedido 20. La nota discordante disparó una alarma en la mente deductiva del periodista científico que le advirtió de otras disonancias: Eran las seis y Felisa retornaba a las cuatro. En la cabecera de la cama infantil se distinguían unas manchitas negras apenas perceptibles: cagadas de ratón. La conclusión, evidente, tomó forma en su razón antes de que el cuadro emocional (Felisa llorando, el amigo muerto, el niño riendo) le permitiese aceptarlo: Hortensio había levantado la almohada para dejar el billete de 20 y había encontrado otro. (Felisa habría cambiado el turno con alguna compañera para poder retrasarse hasta que su hijo durmiera. No se fiaba de su marido y quiso dejar el regalo ella misma.) Hortensio descubrió las huellas del ratón (hasta en los hogares pulcros se cuele alguno) y creyó que el Ratón Pérez le había dejado el presente a su hijo. Era la primera vez que creía en algo fantástico. La impresión fue demasiado fuerte. Su corazón no lo resistió. En su caída, antes de tocar tierra, en las lindes de la muerte, quiso cumplir y dejó el otro billete. Luego, entregó su alma. Porque tenía un alma. Lo acababa de demostrar.

—¡Te lo tienes merecido, por incrédulo!

La misma frase de entonces se le escapa a gritos en la noche. Las ranas interrumpen su croar.

El alma del finado le preocupó entonces. El alma de Hortensio le preocupa ahora. Le habla al río como si fuera su amigo: “Al alegrarme de tu muerte cometí un acto innoble. En realidad, me alegraba de que aquello que nunca pude vencer, tu incredulidad, desapareciera. No hallaba palabras ni hechos para convencerte de que estabas equivocado. Me horrorizaba mi incapacidad. Yo, el culto, ilustrado, el

divulgador mediático de misterios, no podía convencer a un pobre ignorante de su error. Aquello me fustigaba cada día. En el momento en que te vi morir, creí que mi pesadilla llegaba a su fin. Pobre iluso, no hacía más que empezar.”

Manuel recobra su movilidad y se acerca al río, hasta que su pie toca el agua y produce una ola que se expande.

—Tu alma debe estar expandiéndose, vagando entre dos dimensiones, el aquí con sus rastros del allá, y el allá con retazos del aquí. Mía es la culpa. No fui capaz en vida tuya de brindarte el argumento rotundo que pusiera fin a tu ceguera y en el instante en que abandonabas este mundo te negué el paso en paz al Allá con mi reniego.

Las lágrimas de Manuel perturban el agua como el reniego perturbó el trance de Hortensio.

—Juré en tu entierro que no descansaría hasta encontrar una prueba irrefutable de que lo fantástico existe. En el momento en que hallará el vestigio de que los fantasmas y las criaturas fantásticas no son sólo entes imaginarios, de que son tan reales como nosotros, tu alma podría descansar en paz. Y no sólo la tuya, sino la de todos aquellos que se niegan a creer.

Las rodillas de Manuel se doblan, acusando el cansancio de incontables jornadas por lugares encantados. Cumplió su promesa. Después del entierro partió para Sudamérica en busca de zombis y estatuillas vudú que provocasen dolor. No los halló, ni asistió a curaciones milagrosas en Lourdes, ni fue testigo de amoríos provocados por brujas feísimas, ni encontró la menor huella de presencia extraterrestre en las pirámides ni en la Isla de Pascua, ni comprobó que los rituales fecundos curasen la impotencia, ni vio a ningún dios de religión alguna. “Ese Algo debe estar en los cuentos”, se dijo. “Son universales, se cuentan a todos los niños del mundo: En una época de nuestra vida hemos creído en ellos. Algo debe quedar”. Buscó a Blancanieves, a Pulgarcito, a Peter Pan, a Juan sin Miedo, a Caperucita Roja. Y aunque encontró hijas bellísimas odiadas por madres en el ocaso, enanos empresarios, ejecutivos infantiles, alpinistas temerarios y jovencitas con lobos, no pudo asegurar que fuesen los de los cuentos. Al llegar a Cenicienta pareció que su esforzada andadura obtenía recompensa. No halló Cenicientas, pero el sur de Europa estaba atestado de cenicientos: fotógrafos, guardaespaldas, acróbatas y domadores obtenían el amor de una princesa y se convertían en príncipes. No eran personajes de cuento, pero vivían de él. Estaba cerca. Un sapo. Si besaba un sapo se transformaría en princesa. Aprovechó que debía cubrir la

noticia de un congreso de brujería en Alicante para acercarse al río Segura. Un congresista había asegurado que concentraba poderes telúricos y poseía magia.

Besó al sapo.

Ahora está cansado, muy cansado; sus rodillas están a punto de rendirse. No puede más. Nota el agua fría mojándole el pie. Las ranas enmudecen, los árboles cesan sus gemidos, la luna se detiene.

Una barca atraviesa el río. Un barquero cubierto con un sayo harapiento apoya su largo remo en el fondo y propulsa la embarcación, que avanza sin chapoteos ni estelas, como una nube solitaria en un cielo despejado.

—¡Es Caronte! —grita Manuel.

Y conforme la barca se acerca Manuel comienza a ver princesas que danzan a su alrededor, fantasmas que emergen del bosque, nereidas surcando las aguas, minúsculas hadas rondando las flores. Manuel comprende.

—¡Es el instrumento! —se dice—. Las cosas fantásticas existen por doquier, no hay que buscarlas en enclaves extraordinarios. Lo que se requiere es el instrumento para verlas. Las órbitas planetarias estaban ante nuestros ojos, pero hasta que Galileo no ideó el telescopio no pudimos distinguirlas. El astrónomo precisó lentes, porque su instrumento era externo. Yo he precisado mil viajes entre mitos y leyendas, pero he sido recompensado. El instrumento estaba en mí; está dentro de nosotros.

La barca se aproxima. Hay alguien sentado tras del barquero. El viajero levanta la cabeza y le sonríe.

—¡Hortensio! —reconoce al amigo—. Al fin puedes dejar este mundo e ir al Allá. He cumplido lo que prometí ante tu ataúd.

El viajero se incorpora y extiende los brazos. Manuel se adentra en el agua y corre a su encuentro.

Al día siguiente, al no aparecer Manuel por ninguna parte, decenas de hombres-rana fondearon el río. Un colega le había oído decir que iba a pasar la noche en su ribera. La búsqueda se prolongó varias semanas, pero el cuerpo de Manuel jamás fue hallado.